

sucesor de nuestro fundador de Córdoba» (1). Esta carta se escribió el 12 de Setiembre de 1568.

Luego que la recibió el P. Avellaneda, púsose en camino, y en los primeros meses de 1569 visitó á casi todos los señores designados por el P. General. He aquí cómo resume él mismo el resultado de sus gestiones: «La señora condesa de Niebla y su hijo ofrecieron quinientos ducados, y queriendo saber de su secretario la manera que habría para cobrarlos, me escribió que nuestro Padre respondería á las suyas agradeciendo lo que daban, y señalándome á mí ó á la persona que V. P. holgare para que los cobrase; volví á Trigueros, y Cristóbal Martín ofreció cien ducados, y Francisco de la Palma doscientos, de quinientos ó más que el colegio de Trigueros le debía; mas como el rector tenía esperanza que los había de soltar todos, sintió carga con esta manda por señalarlos en la deuda, pareciéndole que su colegio era el que daría aquellos doscientos ducados; ya de esto también por duplicado tengo escrito. Después fui á Úbeda, y la señora D.^a Luisa, mujer de Juan Vázquez, dió cien ducados, y D. Juan Fernández, que estaba en Rute, ofreció cincuenta ducados para el fin de este año; de manera, que por todos son mil y cincuenta ducados.

»Sólo los ciento del señor Duque de Arcos están cobrados, y los ciento de D.^a Luisa se hizo cierta diligencia, por la cual se pagan aquí para San Juan. Para los quinientos de Sanlúcar es menester que escriba V. P. á aquellos señores. Para los ciento de Cristóbal Martínez hartas escribo para que se me den. Anteayer me escribió el P. Rector, que se enviarían presto de los doscientos de Francisco de la Palma ó de aquel colegio. V. P. ordenará lo que se ha de hacer de los cincuenta de D. Juan. Como él señaló tiempo al fin de este año, V. P. avisará lo que se ha de hacer en la cobranza. Andaría en esta buena peregrinación como ciento y cincuenta leguas, y comencéla como mediado Enero, casi luego que recibí los despachos del P. Zárate, y acabéla en 7 de Marzo, siendo ya de vuelta el mensajero de Castilla, que fué el día en que declaré por Provincial al P. Maestro Cañas» (2). De este modo contribuyeron con su óbolo estas nobles familias españolas á la construcción del magnífico templo que luego levantó el Cardenal Farnesio.

8. Pero basta ya de socorros temporales, que, si bien son muy de estimar, sin embargo, no fueron lo mejor que hicieron en Roma los

(1) *Ibid.*, 1567-1569, f. 163 vto.

(2) *Epist. Hisp.*, XIV, f. 372. Sevilla, 24 de Mayo de 1569.

Padres españoles. El principal servicio que allí prestaron fué, sin duda, la dirección espiritual y científica que iban dando, así en la casa profesa como en el colegio romano, á los sujetos más distinguidos de la Compañía. Recuérdese que, en tiempos de Láinez, los cuatro Asistentes eran tres españoles y un portugués. Cuando hubo de ausentarse el P. Láinez á Francia y á Trento, dejó en Roma por Vicario primero al P. Salmerón, y después á San Francisco de Borja, al cual en aquel tiempo asistía en el gobierno, principalmente, el P. Cristóbal de Madrid. En la segunda Congregación general se tuvo la precaución, de que los Asistentes fuesen naturales de los respectivos países que debían representar. Con todo eso, todavía quedaron dos Asistentes españoles, Mirón y Nadal, y siempre permaneció al lado del General, como secretario, el P. Polanco. Si á esto se añade que en estos tiempos el principal y casi único visitador de la Compañía era el P. Nadal, fácilmente se descubre que el gobierno supremo de nuestra Orden andaba realmente en manos de españoles.

9. En el colegio romano se hizo también sentir bastante el influjo español. El primer maestro de teología que allí hubo, fué el P. Martín de Olave, quien continuó su enseñanza hasta que murió en 1556. Otros maestros españoles fueron llegando á Roma en los años siguientes. En 1559 empezó á enseñar filosofía en el colegio romano el joven Francisco de Toledo, aquel doctor cordobés tan distinguido entre los alumnos de Salamanca, quien, principiando la carrera del magisterio en la misma universidad, renunció de pronto á todas sus esperanzas para entrar en la Compañía. Siendo aún novicio, fué enviado á Roma para desempeñar una cátedra de filosofía. Contaba entonces veintisiete años, y desde al primer día se cautivó la admiración universal por la claridad y agudeza de sus explicaciones. Véase cómo el P. Polanco anunciaba á San Francisco de Borja, el 12 de Diciembre de 1559, los triunfos del joven maestro, á quien el santo había enviado de España. «El maestro Toledo ha hecho muy buena salida, Dios loado, y lleva un curso muy escogido y con grande satisfacción y provecho de los oyentes; y así holgaría nuestro Padre, que para el año que viene se enviase otro de mano de V. R. que comenzase el curso siguiente, y habría de ser tal que pudiese juzgarse, que no descrece en la doctrina de los maestros, porque así la opinión de este colegio se mantenga y acreciente» (1).

(1) *Regest. Láinez, Hisp.*, 1559-1564, p. 72.

Suponemos que el enviado de España á consecuencia de esta carta fué el P. Fernando Jaén, que á los cuarenta años de edad, siendo doctor en teología, había entrado religioso en 1559, y todavía novicio, fué mandado á Roma para enseñar teología. Muy poco tiempo se detuvo en la Ciudad Eterna, pues el 28 de Setiembre de 1561 fué enviado á Viena con el mismo cargo de maestro de teología (1). Mucho más tiempo que el P. Jaén ilustró las cátedras del colegio romano el P. Benito Pereira, natural de Ruzafa en Valencia, donde nació en 1535. Dióse á conocer en Roma como uno de los estudiantes más aprovechados el año 1558, cuando, con ocasión del nombramiento del P. Laínez se celebraron solemnes actos de teología y filosofía. Uno de los dos escogidos para defender las tesis teológicas, fué el joven H. Pereira, el cual poco después, ordenado de sacerdote, empezó á enseñar filosofía, y prontamente logró crecido auditorio, pues además de los treinta y cinco estudiantes de la Compañía que le escuchaban, acudían á sus lecciones otros ochenta alumnos seculares (2). Otra cátedra de filosofía estuvo bastantes años á cargo del P. Pedro de Parra, nacido en Sanlúcar, y que, siendo ministro del colegio de Alcalá, fué mandado á Roma en 1560 (3).

10. Como en España empezaban los Provinciales á no admitir buenos sujetos, por la razón, un poco triste, de que no se podían mantener tantos individuos, siendo tan grande la pobreza de nuestras casas, escribióse á varios Provinciales (4) que fuesen más largos en admitir, y que si no podían sustentar á todos los admitidos, enviasen algunos á Roma, donde podrían hacer sus estudios y pasar después á servir á la Compañía en los países septentrionales. Entre los encargos que se dieron al P. Nadal cuando vino á España por tercera vez, fué uno el escoger varios excelentes ingenios y remitirlos al colegio romano, ya fuese para enseñar, ya para aprender. Eligió el P. Visitador á cuatro jóvenes brillantes, que fueron Pedro Perpiñá, Juan de Mariana, Diego de Acosta, hermano del célebre misionero y es-

(1) *Epist. P. Nadal*, t. I, p. 531. *Les jésuites de Rome et de Vienne en MDLXI d'après un catalogue rarissime de l'époque par Carlos Sommervogel S. J. Strasbourg, 1892.* En este catálogo aparece dos veces el nombre del P. Jaén; la primera en el colegio romano con el nombre de *Doctor Jan*, y la segunda en Viena con su verdadero nombre y apellido. Como en este año de 1561 pasó de un colegio á otro, se explica su presencia en ambos catálogos.

(2) Sacchini, *Hist. S. J. Lainez*, l. v, n. 61.

(3) Sommervogel, *ubi supra*, p. 19.

(4) *Vide vr. gr. Regest. Lainez. Variarum prov.*, t. II, f. 128.

critor José de Acosta, y un Ramírez, de quien sólo sabemos que faltó después á su vocación (1). Los dos primeros son célebres en el orbe literario, uno como humanista y otro como historiador. El P. Perpiñá debía desempeñar la cátedra de elocuencia, y lucir, por consiguiente, su elegante estilo latino en todas las funciones y actos públicos. Al P. Mariana, que se hallaba entonces en los veinticinco años, le encomendaron una cátedra de filosofía.

Nuestro célebre historiador había nacido en Talavera de la Reina en 1536. Casi nada sabemos sobre su infancia, pues como era hijo ilegítimo, están envueltos en la oscuridad los primeros años de su vida. Sólo nos consta que, estudiando en Alcalá con singular estimación de grande ingenio, se sintió llamado á la Compañía y entró en ella en 1554. Parte de su noviciado, al menos, lo hizo en Simancas en la casa de probación recién abierta por San Francisco de Borja. De allí volvió Mariana al colegio de Alcalá, donde concluyó lo que le faltaba de los estudios. Habíalos terminado justamente cuando el P. Nadal le envió á Roma.

Parece que á los principios de su magisterio no satisfizo del todo, ya por el poco método y claridad en sus explicaciones, ya por algunos tropiezos que, como principiante, debió dar en la enseñanza. Hubo algunas quejas contra él, y parece que se pensó en retirarle de la cátedra. No obstante, el P. Laínez le sostuvo en ella, avisando que se le enmendase con suavidad si en algo faltaba. Véase lo que escribe desde Trento á San Francisco de Borja el 29 de Noviembre de 1562: «Del Mariana ya escribí, que sería bien informarse de sus discípulos, de cómo lo hace, y esto con algún buen modo, por no le desacreditar para con ellos: antes es bien avisarlos, que no murmuren ni muestren descontento entre sí de ningún maestro, porque es cosa que cuando viene á su noticia, les quita ánimo, y á los mismos discípulos daña el no tener la estimación que deben á sus maestros. Y si se sabe que de alguno nacen semejantes detracciones, debe ser reprendido y désele la penitencia que conviene. Con esto, si hubiere realmente falta en el Mariana, es bien avisarle para que se enmiende; porque acá se piensa, por el buen concepto que tenemos de su ingenio y doctrina, que no faltará, si no es en el modo de proponerla menos claramente, por no se acomodar á los ingenios menos capaces, y esta es cosa que se puede y debe remediar, para que hayan más fruto los

(1) Véase á Sacchini, *Hist. S. J. Lainez*, l. v, núm. 23.

auditores, y cuando no bastase la diligencia para la enmienda, se podrá tratar de poner otro en su lugar» (1).

No duró mucho tiempo el magisterio de Mariana en Roma, pues antes de dos años fué trasladado á Sicilia con el mismo cargo. Debió, sin duda, mejorar su enseñanza y corregir los defectos cometidos al principio, cuando el año 1569 pusieron los ojos en él para enviarle de maestro de teología al colegio de París. Esta era otra de las suertes que experimentaban los maestros extranjeros que pasaban por el colegio romano. Llamábaseles á Roma para experimentar la ciencia y virtud que tuviesen, y si se acreditaban en ambas, se les destinaba á los colegios importantes que iba abriendo la Compañía en los principales centros de Europa.

11. Pero el español á quien más debió el colegio romano, fué, sin duda, el P. Diego de Ledesma. Á poco de entrar en la Compañía el año 1557, le hicieron leer por ocho días consecutivos ocho lecciones de las ciencias que había estudiado. Hallóse presente á ellas el P. Láinez con los Padres más graves que teníamos entonces en Roma. Todos quedaron admirados del ingenio y comprensión del P. Ledesma. Fué señalado para maestro de teología, y explicó también las controversias, rama de la ciencia sagrada que empezaba entonces á cultivarse con especial cuidado y en cátedra aparte, por la necesidad de refutar los errores protestantes. Además de estas cátedras, desempeñó muchos años el oficio de prefecto de estudios, cargo delicadísimo, pues le daba cierta superioridad sobre los maestros, y en aquel tiempo, en que brotaban tantas opiniones nuevas y se lanzaban los ingenios por sendas tal vez desconocidas, era más costoso de lo que parece, contener á las inteligencias dentro de la ortodoxia católica y de la doctrina tradicional.

Además, como entonces empezaban con tan vivo entusiasmo nuestros colegios, y se adelantaba pasmosamente en los métodos pedagógicos, convenía presentar en el colegio romano un modelo de lo que debían ser los colegios de la Compañía. Este trabajo interno, aunque poco lustroso; esta elaboración práctica del método de enseñanza que debía establecerse en la Compañía, fué obra, principalmente, del P. Diego de Ledesma. En el libro siguiente hablaremos de sus escritos pedagógicos, que son verdaderamente notables, y debieron influir mucho en nuestro *Ratio studiorum*. Diez y ocho años vivió en la Compañía este santo varón, y casi siempre en el colegio romano,

(1) *Regest. Láinez. Var. Prov.*, t. 1, f. 63 vto.

siendo el ejemplo de todas las virtudes y como el supremo director en materia de estudios de todo cuanto allí se hacía. Murió santamente en 1575.

No nos detendremos más en hablar de otros españoles que más ó menos trabajaron en el colegio romano. Recordaremos tan sólo el nombre del P. Francisco de Torres, teólogo del concilio de Trento en la tercera reunión, y que poco después, ya sexagenario, entró en la Compañía. Éste es aquel teólogo tan erudito á quien sus contemporáneos dieron el nombre de *helluo librorum*, como si dijéramos, *tragalibros* (1).

Últimamente, advertiremos que la facilidad de enviar españoles á Italia empezó muy pronto á inquietar á los superiores de por acá, y ya en 1563 nos encontramos con una carta del P. Juan Suárez, Provincial entonces de Castilla, en la que muestra deseos de contener el entusiasmo de ir á Roma. «Á mis manos, dice, han venido cartas de algunos Padres de Italia, en que parecen mover á otros Padres y Hermanos de esta provincia á que pidan ser enviados á las Indias ó á Italia, y el efecto que se ha visto en los de acá, es hacer lo presente imperfectamente, porque aquí están con el cuerpo, y en otras partes con el pensamiento y deseo. Si esta solicitud es del Señor, *odoretur sacrificium*; mas si estos Padres sin orden de V. P. lo hacen, basta que V. P. lo sepa» (2).

Fuera del colegio romano, hizo también en Roma algo notable el joven Pedro de Ribadeneira, que fué llamado de Sicilia en 1552 para enseñar letras humanas en el colegio germánico. Á él se le encomendó el solemne discurso con que se abrió este establecimiento por Octubre de aquel año. Delante de un concurso muy numeroso, en presencia de varios cardenales, de muchos prelados y de escogida nobleza, desarrolló Ribadeneira el plan que se había propuesto la Compañía en la fundación de aquel colegio. Todos los circunstantes tributaron calurosos aplausos al joven orador y bendijeron el celo santo de nuestros Padres, que con aquella piadosa institución se esperaba que habían de contribuir poderosamente á restaurar la religión en Alemania (3).

(1) Vide Hurter, *Nomenclator litterarius recentioris theologiae*, t. 1, p. 105.

(2) *Epist. Hisp.*, v, f. 152. Valladolid, 21 de Octubre de 1563.

(3) Véase al cardenal Stheinuber, *Geschichte der Collegium Germanicum*, l. 1, c. 1.